

Discursos sobre la maternidad científica. Una perspectiva crítica

María de la Macarena IRIBARNE GONZÁLEZ*

Universidad Carlos III de Madrid
iribarena@gmail.com

Recibido: 31.01.2011
Aceptado: 29.04.2011

RESUMEN

En el siglo XIX se empezó a construir un discurso que gira en torno a cuál es la mejor forma en que las madres deben criar a sus hijos e hijas de acuerdo con la estricta opinión de los expertos. Este artículo explora cuál ha sido la evolución de este discurso, da dos ejemplos contemporáneos de lo que se ha venido a denominar maternidad científica y hace una crítica desde el feminismo a esta imposición patriarcal que pesa sobre la vida de las mujeres que son madres y que condiciona la imagen que como sociedad tenemos de lo que debería ser la maternidad.

Palabras clave: maternidad, medicina, psicoanálisis, feminismo.

Discourses of scientific motherhood. A critical perspective

ABSTRACT

In the nineteenth century discourse arose in relation to what is the best way that mothers should raise their children according to the strict opinion of experts. This article explores the evolution of this discourse, gives two contemporary examples of what has become known as scientific motherhood and critiques from a feminist point of view this patriarchal imposition that is a burden on the lives of all the women who are mothers and that affects the image that we have as a society about what motherhood should be.

Key words: motherhood, medicine, psychoanalysis, feminism.

“La maternidad es una categoría discursiva que nos ayuda a interpretar la representación de una serie de ideales sociales construidos en su entorno” (LOZANO, 2006:125).

En 1983 Alison Jaggar, en su libro *Feminist Politics and Human Nature*, hacía un lúcido recuento de las que en ese momento eran las tres vertientes más importantes del feminismo: la liberal, la radical y la socialista. En su análisis, como no podía ser de otra manera, el tema de la maternidad ocupaba un lugar importante. En este libro su autora criticaba al movimiento por una maternidad científica, el

* Integrante del Grupo de investigación sobre el Derecho y la Justicia.

cual parte del presupuesto de que las madres no saben cómo criar a sus hijos; y que son “expertos”, que a lo largo del siglo XX fueron por lo general hombres, quienes deben mostrarles la forma de hacerlo. Los lineamientos a seguir no son por lo general claros, ya que como ironiza Jaggar, “si la crianza de los hijos es una ciencia, se trata de una que cambia con extraordinaria rapidez”. Hay, no obstante, una constante y es que los niños y niñas “necesitan grandes cantidades de atención adulta y ‘estimulación’” (JAGGAR, 1988:311 y 312).

En la década siguiente la estadounidense Sharon Hays demostraba que los ideales de la maternidad científica que criticaba Jaggar seguían vigentes. Para esta autora son tres los elementos que caracterizaban en su país la visión sobre la crianza apropiada de los hijos en las postrimerías del siglo XX. El primero es que la madre debe ser la principal cuidadora, el segundo que debe “prodigar grandes cantidades de tiempo, energía y recursos materiales al hijo”, [...] “poner las necesidades de su hijo sobre las suyas” y reconocer y responder a todas las necesidades y deseos del niño en cada etapa, para lo cual debe tener suficientes conocimientos de cuál es la opinión de los expertos al respecto. Por último, esta la idea de que no se pueden comparar el trabajo pagado con las actividades de cuidado. “No sólo es que el niño sea claramente más importante, sino que una lógica completamente distinta aplica” para cada una de estas actividades. Hays calificará como maternidad intensiva¹ a esta forma particular de entender la maternidad (HAYS, 1996:8).

La maternidad intensiva está lejos de ser una realidad exclusiva de Estados Unidos o de haber quedado atrás con el cambio de siglo. De hecho considero que una mujer que decide ser madre hoy en día en occidente se ve sometida a muchísima más presión por parte de los medios de comunicación, la sociedad en general y el Estado que hace veinte o treinta años. Esta presión coarta la libertad de la madre o de la pareja para criar y educar a su hija o hijo como mejor le plazca, y por lo tanto, incluso para poder desarrollarse plenamente como ser humano.

En las próximas páginas mi intención es, por un lado, describir brevemente la evolución de lo que he llamado el movimiento por la maternidad científica que, por supuesto, no ha sido igual en todos los países, aunque paradójicamente parecería ser que hemos llegado a un punto en que los resultados de casi dos siglos de este movimiento se han uniformado notablemente en los países occidentales. Después haré un análisis de cuál es el estado actual del tema mediante la comparación de dos propuestas divergentes sobre la “correcta” crianza de los hijos. Finalmente,

¹ En inglés se le denomina como *intensive mothering*. Es necesario aclarar que la palabra *mothering* no es sinónimo de maternidad (*motherhood*) De acuerdo con el *Cambridge Dictionary* *mothering* significa: “tratar a una persona con amabilidad y amor e intentar protegerla de cualquier cosa peligrosa o dificultad”. El diccionario agrega que esta palabra se usa frecuentemente desaprobando este comportamiento. No obstante, he utilizado la palabra maternidad porque no he encontrado otra palabra en castellano que me resulte más adecuada.

concluire con las razones por las cuáles considero que la maternidad científica puede ser perjudicial para las madres.

EN BÚSQUEDA DE LA MADRE PERFECTA

El primer dato que debemos tomar en consideración para rastrear los orígenes de lo que he calificado como maternidad científica es que el concepto de infancia es un invento relativamente reciente en la historia de la humanidad. En la Edad Media, nos dice Philippe Ariès, “la idea de infancia no existe” (ARIÈS, 1962: 128). Será hasta mediados del siglo XVII cuando entre las clases altas empiece a surgir la creencia de que era posible que las niñas y los niños tuvieran necesidades físicas o emocionales diferentes a las de los adultos, sin embargo, estas ideas “no llegaron a las clases populares hasta finales del siglo XIX” (TILLY y SCOTT, 1989: 58).

Esta nueva idea no trajo aparejada la creencia de que la madre tenía que encargarse personalmente de sus hijos. Es hasta finales del siglo XVIII cuando surge esta convicción y “le crean a la mujer la obligación de ser ante todo madre, y engendran [...] el mito del instinto maternal, del amor espontáneo de toda madre hacia su hijo” (BADINTER, 1991:117). Esta convicción no se impondrá fácilmente y sin resistencia.

Será a lo largo del siglo XIX, con la consolidación de la burguesía, cuando se empiece a prestar mayor atención al que en ese momento era sin duda el principal problema de la infancia: la mortalidad. En Francia, por poner un ejemplo, la tasa de mortalidad infantil era tan alta que a mediados de ese siglo solamente alcanzaban la edad adulta entre el cincuenta y el sesenta por ciento de los niños (TILLY y SCOTT, 1989: 102, 103 y 174). Hasta la década de 1870 el gobierno francés empezó a tomar medidas para reducir esta tasa. Entre ellas habría de ocupar un lugar destacado un mayor control sobre las nodrizas, tradicionalmente las principales encargadas del cuidado de los bebés tanto en la ciudad como en el campo entre todas las clases sociales², a través de la *Ley Roussel* de 1874 que las obligaba a registrarse, y también exigía que los padres que solicitaban sus servicios inscribieran a sus hijos en el mismo registro (TILLY y SCOTT, 1989: 172). En 1811 se publicaría en Estados Unidos el primer libro escrito sobre medicina por una mujer y versará sobre la crianza de los hijos: *The Maternal Physician; A Treatise on the Nurture and Management of Infants, from the Birth until the Two Years Old*. Su autora, Mary Hunt Palmer Tyler, matrona y madre de ocho hijos sanos, pretendía al igual que la ley francesa paliar los estragos de la mortalidad infantil (APPLE,

² En Francia en 1780 de 21,000 niños nacidos en París, sólo 1,000 fueron nutridos por sus madres, y sólo otros mil fueron criados por nodrizas en su propio hogar, el resto fue criado en casa de su nodriza (en la mayoría de los casos a muchos kilómetros de la casa paterna); y el mismo fenómeno se repite en muchas ciudades de provincia. Está práctica tan difundida en Francia fue imitada en otros países, sobre todo en Inglaterra y Alemania. BADINTER, 1991: 51 y 79.

2006: 3 y 4). “El discurso médico sobre el cuidado infantil coincide con la aparición en las clases altas de la figura del ama de casa en el siglo XIX”, es decir, de una mujer dedicada en exclusiva al cuidado de la casa y de la familia que pronto se extenderá, al menos como ideal, entre todas las clases sociales (TOBÍO, AGULLÓ, GÓMEZ y MARTÍN, 2010: 48).

Resulta al menos contradictorio que el siglo XIX fuera testigo, por un lado, del surgimiento de literatura especializada en la crianza de los hijos y de medidas estatales encaminadas a evitar la mortalidad infantil, y por el otro de la consolidación del mito del instinto maternal. La feminista Charlotte Perkins Gilman era consciente de esta contradicción y negará en ese mismo siglo la existencia del instinto maternal, sus evidencias serán precisamente “el enorme porcentaje de infantes muertos, la mala salud de aquellos que sobreviven y la falta de progreso físico y mental” (GILMAN, 1994: 198 y 199). Mientras que Perkins Gilman dinamita con su argumentación uno de los pilares de este mito: la idea de que la madre por el simple hecho de serlo sabe cómo cuidar a un bebé, un siglo más tarde Elizabeth Badinter derrumbará el segundo pilar: la idea de que las madres siempre y en todo lugar han amado a sus hijos, al demostrar que independientemente de su situación socioeconómica la mayor parte de las mujeres francesas durante el siglo XVII y la mayor parte del XVIII mostraban indiferencia y falta de interés por sus hijos recién nacidos, lo que se traducía en que sólo excepcionalmente o cuando no quedaba otra opción por cuestiones económicas, se encargaban personalmente de sus cuidados (BADINTER, 1991:65-116). Esta actitud, nos dice la autora, no cambiará hasta que la ideología moral y social cambie, lo que en su opinión es una prueba irrefutable de “que si la madre no sufre una presión de este tipo actúa de acuerdo a su naturaleza egoísta, y no empujada por un instinto que la llevara a sacrificarse por el niño a quien acaba de poner en el mundo” (BADINTER, 1991:115).

La idea de que existe un instinto maternal –sobre todo por lo que al amor materno se refiere– sigue siendo aceptada de forma acrítica por buena parte de la sociedad actual y con ello se ha naturalizado esta actividad humana, por lo que la maternidad deja de ser una decisión voluntaria para convertirse en un destino. Aunque como en el siglo XIX nos encontramos con la paradoja de que se sigue cuestionando la forma en que las madres crían y educan a sus hijos y los efectos nocivos que el amor o el desamor de la madre puede provocar.

El interés por la salud física, o para decirlo más claramente, por la supervivencia de la infancia se aunó a una preocupación por la salud moral de los futuros ciudadanos. En Inglaterra durante la época victoriana las madres son designadas como las guardianas de la moral social. Esta idea que surge entre la burguesía pronto se extiende a otras clases sociales. Las mujeres de la aristocracia que tradicionalmente habían dejado la crianza y la formación de sus hijas e hijos en manos de empleados, poco a poco se empiezan a involucrar más activamente en su cuidado (HALL, 1989: 88). En el otro extremo social, los reformadores sociales influidos por fuertes valores religiosos, verán en las pequeñas proletarias el vehículo ideal para

transformar a la “inmoral” clase trabajadora (GOMERSALL, 1997:98). En Estados Unidos también encontramos un amplia literatura durante la primera mitad del siglo XIX, escrita sobre todo por hombres, centrada en la “crianza moral” de la infancia (APPLE, 2006:4).

El avance de la medicina, y también hay que reconocerlo, los mayores cuidados propiciados a la infancia coadyuvaron para que las tasas de mortalidad descendieran drásticamente a lo largo del siglo XIX. La presión sobre las madres, sin embargo, en lugar de descender al mismo ritmo que estas tasas, aumentó durante la primera mitad del siglo pasado. Para ser una buena madre a una mujer ya no le bastaba con leer los consejos de un libro sobre la crianza e interpretarlos a su manera, debían seguir las direcciones de los expertos, que eran generalmente médicos varones que esperaban una obediencia ciega (APPLE, 2006:56 y 57). Las visitas a los médicos se volvieron rutinarias y, como nos dice Rima Apple, “la imagen de la ‘buena’ madre, la madre ‘adecuada’, era una mujer que buscaba expertos para que la aconsejara sobre la crianza y que seguía los consejos que se le daban” (APPLE, 2006:9).

Especial lugar en este análisis merece el tema del psicoanálisis. El énfasis que Freud puso en la infancia como la fuente de todos los traumas convirtió a las madres, en su carácter de cuidadoras primarias, en responsables de todas las patologías mentales que sus hijos pudieran desarrollar a lo largo de sus vidas. En las décadas de 1920 y 1930 encontramos los primeros signos de esta tendencia en dónde las madres serán responsables, ya fuera por rechazo o paradójicamente por ser sobreprotectoras de “la incapacidad de sus retoños de cumplir los estándares de independencia juvenil, civilidad y madurez emocional” (JONES, 1998:107). Esta situación se intensificará con los años, para Molly Ladd-Taylor y Lauri Umansky la culpabilización de las madres durante estas décadas “a pesar de su ferocidad, palidece en comparación a esa de la Segunda Guerra Mundial y los años de la posguerra” (LADD-TAYLOR y UMANSKY, 1998:12). En su opinión esto se deberá en buena medida “a la influencia del pensamiento neo freudiano, que alcanzará su cenit” durante estas décadas “y proveerá una justificación ‘científica’ a la culpabilización materna” (LADD-TAYLOR y UMANSKY, 1998:13).

La erupción de feminismo de la segunda ola a finales de los sesenta y cuyo impulso habría de perdurar hasta los primeros años de la década de los ochenta marcó un punto de inflexión por tres razones. La primera es que las mujeres se negaron a obedecer ciegamente los consejos médicos y buscaron espacios para el diálogo. En segundo lugar se hizo una relectura desde el psicoanálisis a la relación entre madres e hijos; y por último se propusieron nuevos modelos de crianza en que los actores involucrados fueran múltiples.

En 1971 se publicó el libro *Our bodies, ourselves por The Boston Women's Health Collective*. Este libro, como nos cuentan sus autoras, tuvo su origen en que “todas habíamos pasado por frustraciones y angustias similares provocadas por

médicos especialistas o por el sistema médico en general, y queríamos hacer algo contra los médicos condescendientes, paternalistas, sentenciosos y nada informativos”. Hablando sobre estos temas cayeron en la cuenta de lo mucho que sabían sobre sus propios cuerpos y decidieron compartirlo con más mujeres (COLECTIVO DEL LIBRO DE LA SALUD DE LAS MUJERES DE BOSTON, 1982:9). La experiencia fue tan exitosa que el libro se tradujo y adaptó a muchos otros países y se ha ido actualizando con los años. La primera edición española es de 1982.

En este libro ocupará un lugar importantísimo el conocimiento del sistema reproductor y el control de la natalidad y sus efectos sobre la relación con sus hijas e hijos, cedo nuevamente la palabra a las autoras:

“Este conocimiento nos ha liberado hasta cierto punto de la constante ansiedad devastadora de quedar embarazada.

Esto hace mejores nuestros embarazos, porque no se producen porque sí; los elegimos activamente y participamos entusiásticamente en ellos. Esto ha hecho mejor nuestra maternidad, porque es nuestra elección y no nuestra predestinación. Este conocimiento nos ha liberado de jugar el papel de madre si no es el papel que nos gusta” (COLECTIVO DEL LIBRO DE LA SALUD DE LAS MUJERES DE BOSTON, 1982:12).

En 1978 este mismo Colectivo escribiría otro libro, esta vez, sobre la experiencia de la maternidad y la paternidad titulado: *Ourselves and our children: A book by and for parents*. Resulta significativo que este libro desde su primera página se presenta como una invitación para que los padres: “se tomen en cuenta” (THE BOSTON WOMEN’S HEALTH BOOK COLLECTIVE, 1978:3). Los objetivos del libro tomando como punto de partida esta invitación no son otros que: “ayudar a algunas personas a sentirse libres para escoger no ser padres, y para ayudar a aquellos que deciden serlo a vivir con menos castrantes estereotipos, con más apoyo comunitario y social, con más comprensión y con más felicidad” (THE BOSTON WOMEN’S HEALTH BOOK COLLECTIVE, 1978:16).

Desde posturas feministas hubo también intentos de un acercamiento entre feminismo y psicoanálisis, a través de nuevas lecturas de este último. Dos de estos estudios pioneros y ya clásicos son: *Psychoanalysis and Feminism* de Juliet Mitchell (MITCHELL, 1976) y *The Traffic in Women: Notes on the “Political Economy” of Sex* de Gayle Rubin (RUBIN, 2003). Respecto al tema específico de la maternidad tal vez el análisis más influyente sea el que hizo la feminista socialista Nancy Chodorow y al que a continuación me referiré brevemente.

Chodorow desarrolló su teoría sobre la maternidad de manera primordial en su libro *The Reproduction of Mothering. Psychoanalysis and the Sociology of Gender*, en el cual su autora pondrá el énfasis en la psicología como instrumento para explicar por qué las mujeres deciden convertirse en madres. La hipótesis de esta autora

es “que la actual reproducción del ejercicio de la maternidad sucede mediante procesos psicológicos inducidos estructural y socialmente” (CHODOROW, 1984:18).

En su opinión es en la fase preedípica donde deben buscarse las causas de la reproducción del ejercicio de la maternidad, porque esta reproducción sería la consecuencia del hecho de que la madre ve a su hija (y no a su hijo) como una prolongación de su persona por más tiempo, por tal motivo la niña no romperá con su madre en la fase edípica (CHODOROW, 1984:164 y ss.). Las mujeres, en consecuencia, tienen un mayor “potencial relacional” que los hombres provocado también por el hecho de que mantienen una relación personal con su objeto de identificación por ser una mujer la principal cuidadora, mientras que la identificación como varón de los niños se basa “más en el aprendizaje de un rol a nivel abstracto o categórico y menos en identificación personal” (CHODOROW, 1984:260-263).

Debido a que los hombres controlan las principales instituciones sociales este rol es considerado como superior al femenino (CHODOROW, 1984:273). Estas diferencias producen, para esta autora, distintas necesidades emocionales. Los varones tenderán a reprimir las suyas. Las mujeres, por su parte, podrán expresar más libremente estas necesidades (CHODOROW, 1984:288 y 289).

La hipótesis que sostiene es que debido a la distante relación que la mujer tuvo durante su infancia con su padre, aunque idealizada, la relación con un hombre es para la mujer secundaria. En los hogares de familias nucleares son los hijos los únicos que pueden suplir la carencia de intimidad de la mujer y la necesidad de otras relaciones. Estos “*deseos y necesidades* que llevan a las mujeres a convertirse en madres las ponen en una situación en que pueden expresar sus *capacidades* para el ejercicio maternal”, capacidad que en cualquier caso ya estaba presente desde la etapa preedípica (CHODOROW, 1984:290).

Su propuesta es que ambos padres ejerzan la maternidad. La consecuencia de esta medida será, para esta autora, que los sujetos criados de esta forma serán más libres para desarrollar todas sus potencialidades humanas, lo que definitivamente incidirá en lograr la emancipación de la mujer desde la cuna (CHODOROW, 1984:313 y 317).

El análisis de Chodorow brindará un apoyo “científico” esta vez a las voces feministas que reivindicaban que los hombres participaran en igualdad con la crianza de sus hijos. El libro *Ourselves and our children*, al que ya he hecho referencia, es un claro ejemplo de esta postura. En él se dedica todo un capítulo a presentar las ventajas y a dar consejos sobre la manera en que padres y madres pueden compartir todas las etapas de la crianza y educación de sus hijas e hijos (THE BOSTON WOMEN’S HEALTH BOOK COLLECTIVE, 1978:130-150). Estudios recientes han demostrado que no le faltaba razón a esta reivindicación feminista ya que la participación de los padres en la crianza y el hecho de que las madres trabajen fuera de casa es un factor muy importante para que desaparezcan los estereoti-

pos de género y que los niños –pero sobre todo las niñas– se sientan capaces de hacer los trabajos y las labores que tradicionalmente se le ha asignado al otro género (HOFFMAN y YOUNGBLADE, 1999: 205).

Algunas de las propuestas de estos años irán más allá al proponer que más actores colaboren con los padres en la crianza de las niñas y los niños. La feminista socialista Ann Ferguson, por poner un ejemplo, planteó, que sin necesidad de esperar al triunfo de una revolución feminista socialista, se construyeran lo que califica como “comunidades familiares revolucionarias” o “revolutionary family-comunities”, en lo sucesivo RFC, para explorar con ellas nuevas alternativas a las estructuras familiares tradicionales. Su objetivo debía ser doble: por una parte “crearán una base para explorar de manera embrionaria algunos valores nuevos relacionados con la forma de amar y ser padres”; y a la vez “proveerán el soporte material necesario para continuar con la lucha del sistema compuesto de dominación del capitalismo y el patriarcado” (FERGUSON, 1980: 13)³.

Las RFC se formarían tanto por familias como por individuos que no necesariamente debían vivir juntos, sino funcionar como redes de trabajo que constituyeran grupos de autoconciencia y resistencia contra los valores dominantes de la cultura del capitalismo patriarcal. Entre los objetivos básicos que estas comunidades debían perseguir se encuentran:

- “1.- Eliminar inequidades en la crianza de los hijos entre hombres y mujeres, en orden de proveer una base estructural para que hombres y mujeres sean al mismo tiempo *cuidadores* (nurturers) de los niños y mantengan su autonomía en términos igualitarios. Esto es cuestionar la dicotomía de lo masculino como autónomo y lo femenino como cuidador (nurturer).
- 2.- [...]
- 3.- [Que todos los integrantes de la comunidad, ya sean] los padres biológicos o sociales, tengan derechos y responsabilidades en la crianza y la formación de los valores de todos los niños. [...]
- 4.- Equilibrar el poder tanto como sea posible entre los padres y los hijos. [De manera que los niños] tengan un rol en las decisiones y la producción de la comunidad conmensurables a sus habilidades y edad.
- 5.- Para eliminar la base del heterosexismo [...] incluir madres y padres homosexuales en la comunidad familiar revolucionarias. Las personas solteras homosexuales deben tener la oportunidad de tener roles amorosos como padres sociales [...].” (FERGUSON, 1980: 15-17).

³ La propuesta de Ann Ferguson entronca con la larga tradición de comunidades ideales planteadas, y en algunos casos llevadas a la práctica, por el socialismo desde sus orígenes utópicos. Muchas de estas comunidades surgieron en Europa y Estados Unidos en el siglo XIX inspiradas por el pensamiento de Robert Owen y Charles Fourier. En el siglo XX, tal vez, uno de los experimentos más exitosos de estas comunidades influenciadas por el socialismo sean los *kibutz* (grupo en hebreo) de Israel en los cuales la educación colectiva de la infancia juega un rol primordial. Ver: HARRISON, 1969: 151-192; GUARNERI, 1991: 204-211, SPIRO, 1965: 6 y 7; ROSENBERG, 1990:74-81.

Las feministas radicales adoptaron posturas mucho más transgresoras. Sulamith Firestone, una de sus principales representantes, propuso “desarrollar una interpretación materialista de la historia basada en el sexo mismo” (FIRESTONE, 1976:15). Para esta autora “el desequilibrio sexual de poder” tiene “una base biológica”, que gracias a los avances tecnológicos en los métodos de control natal puede ser eliminada, pero son los hombres quienes controlan esta tecnología y no están dispuestos a perder el control sobre las mujeres, por lo que es necesario que éstas tomen el poder de la reproducción en sus manos (FIRESTONE, 1976:19):

“Del mismo modo que para asegurar una revuelta de la clase inferior (el proletariado) y –mediante una dictadura temporal– la confiscación de los medios de *producción*, de igual modo, para asegurar la eliminación de las clases sexuales se necesita una revuelta de la clase inferior (mujeres) y la confiscación del control de la *reproducción*; es indispensable no sólo la plena restitución a las mujeres de la propiedad sobre sus cuerpos, sino también la confiscación (temporal) por parte de ellas del control de la fertilidad humana –la biología de la nueva población, así como todas las instituciones sociales destinadas al alumbramiento y educación de los hijos” (FIRESTONE, 1976:20).

Resulta evidente que si la revolución sexual que pretendía Firestone se hubiera llevado a cabo la maternidad tal como la conocemos hubiera desaparecido. A finales de la década de 1970, sin embargo, el feminismo radical se transformó en lo que sus críticos han llamado feminismo cultural, que apela por una cultura de mujeres y cuyos planteamientos rayan en el esencialismo (ECHOLS, 1991: 243-286). Por ejemplo, Adrienne Rich en su libro *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution* apelaba a una revalorización de la biología femenina y su capacidad reproductora como fuente de poder:

“He llegado a creer [...] que la biología femenina [...] tiene implicaciones mucho más radicales de lo que hasta ahora hemos podido apreciar. El pensamiento patriarcalista (*sic*) ha limitado la biología femenina a sus propias y estrechas especificaciones. La visión feminista se ha apartado de la biología femenina por estas razones; pero creo que debemos considerar nuestro físico un recurso, en lugar de un destino” (RICH, 1996:80).

En mi opinión, es cuando menos riesgoso asumir esta postura, sobre todo si de ella se desprende la idea de que las mujeres son “naturalmente cuidadoras” (nurturers) y en contraposición los hombres no lo son por un condicionamiento biológico que los hace “naturalmente” agresivos. Es peligroso porque, por un lado, se asume que hay un modelo natural de buena madre, y por el otro, se priva de argumentos a la exigencia feminista de que los padres participen igualmente en la crianza de sus hijos, entre otras cosas porque son plenamente capaces de hacerlo. No obstante, como acertadamente señalan Ladd-Taylor y Umansky, ninguna “contribución del feminismo a la retórica de la “mala” madre puede ser comparada a esa de la Nueva Derecha” (LADD-TAYLOR y UMANSKY, 1998:15).

La década de los ochenta supuso toda una contrarrevolución por muchas razones. Susan Douglas y Meredith Michaels consideran que en esta década “empezó una campaña de propaganda de larga duración para re domesticar a las mujeres de América (*sic* se refieren a Estados Unidos) a través de la maternidad”, que sigue hasta nuestros días (DOUGLAS y MICHAELS, 2004:9). La maternidad científica tendrá un papel importante en esta re domesticación. Mientras que a principios de los setenta se publicaban entre cuatro y cinco libros al año sobre maternidad, en 1988 se publicaron cuarenta y en 1995 más de sesenta. Una tendencia similar se puede encontrar en el protagonismo que han cobrado los temas relacionados con la crianza en las revistas, en programas de radio y televisión, y por supuesto en internet (APPLE, 2006:140). En la mayoría de estos libros y consejos se conjugarán las que han sido las tres preocupaciones básicas del movimiento de la maternidad científica desde su surgimiento: el desarrollo físico, el desarrollo psicológico y la adecuación social del niño o la niña a su realidad social.

Esta tendencia no es privativa de Estados Unidos, la filósofa francesa Elizabeth Badinter sostiene que entre 1980 y 2010 “una revolución se ha operado en nuestra concepción de la maternidad” cuyo “objetivo es considerable ya que se trata, ni más ni menos que de devolver la maternidad al corazón del destino femenino” (BADINTER, 2010:9). Para Badinter, quien en su libro de 1980 *L'Amour en plus: histoire de l'amour maternel* ya había cuestionado la existencia de un instinto maternal, son tres los discursos sobre los que se articula esta nueva concepción: “el ecológico⁴, las ciencias del comportamiento que se apoya en la etología⁵ y un nuevo pensamiento feminista esencialista⁶” (BADINTER, 2010:51). La nota que los une es una apelación a “volver” a lo que es lo “natural” en la relación entre madres e hijos.

La maternidad científica, de la que no he hecho más que un brevísimo resumen, no es sino el reflejo del protagonismo que la maternidad y la infancia han cobrado en occidente desde hace poco más de dos siglos, y el papel tan poco relevante, salvo por las autoras de la segunda ola feminista, que sus defensores otorgan a las mujeres como seres autónomos y racionales. El análisis de su evolución cobra también sentido en la medida de que nos permite ser conscientes de los profundos cambios que ha experimentado el ejercicio de la maternidad a lo largo de estos siglos, este punto resulta particularmente importante cuando algunos autores apun-

⁴ Esta autora critica que desde este discurso se induzca a las madres a no utilizar pañales desechables por dañar al planeta u otros productos como las fórmulas sustitutorias de la leche materna, por no ser los suficientemente naturales. Aumentando de esta forma el trabajo de la mujer. BADINTER, 2010:52-68.

⁵ Badinter se refiere a numerosos estudios que desde los años setenta han intentado demostrar que existe un instinto maternal debido a que la madre humana, como cualquier otro mamífero, produce prolactina y oxitocina, pero que no han podido demostrar que efectos pueden tener estas dos hormonas en las relaciones a largo plazo entre madres e hijos. BADINTER, 2010:68-82.

⁶ Libros como el de Rich, al que hice referencia, entrarían dentro de este feminismo esencialista. BADINTER, 2010: 88-92.

tan que “en el pasado” cuando las mujeres se dedicaban el cien por ciento del tiempo al cuidado de sus hijos toda marchaba mejor. A continuación me gustaría analizar brevemente dos libros actuales y muy populares en España sobre cómo criar a los hijos y cuáles son los valores que encierran.

UNA RÁPIDA MIRADA A DOS EJEMPLOS DE MATERNIDAD CIENTÍFICA

En las páginas anteriores he mencionado que los libros sobre la crianza de los hijos son innumerables. He elegido el libro *Vamos a la cama*, escrito en coautoría por el pediatra Eduard Estivill y la pedagoga y psicóloga infantil Montserrat Domènech; y el libro *Bésame mucho: Cómo criar a tus hijos con amor*, del también pediatra Carlos González por dos razones: la primera porque una madre me señaló lo contradictorias que son sus propuestas⁷, la segunda porque se trata de autores españoles cuyas obras se han vuelto bastante populares en la última década.

Vamos a la cama es un libro enfocado a resolver un problema concreto, en este caso el insomnio infantil, a través del llamado “Método Estivill”, que consiste en unas pautas claras y precisas sobre cómo actuar si se tiene este problema. Sus autores ponen especial énfasis en la importancia que para un correcto hábito en el sueño tiene que el bebé, a partir de los seis meses, aprenda a dormir solo:

“Debe aprender a conciliar el sueño solo, sin que vosotros le ayudéis meciéndole, acariciándole o susurrándole cariños. Ni siquiera podréis estar junto a él asiéndole la mano o mirándole hasta que se le cierren los ojos. Si lo hacéis estaréis condenados a buscar una buena silla para montar guardia junto al quicio de la puerta de su habitación. ¿Por qué? Sencillamente porque os habréis convertido en un elemento externo asociado a su sueño y siempre necesitará vuestra presencia para quedarse dormido” (ESTIVILL y DOMÈNECH, 2004:49).

El Método Estivill, como cualquier otro método “científico”, indica unos tiempos realmente estrictos sobre en qué momento se debe entrar a la habitación de un niño que está llorando porque no quiere dormir solo. En una tabla explica cuál es el intervalo de tiempo en minutos que debe mediar entre una visita y otra dependiendo del número de días que se lleva siguiendo su método:

⁷ Tengo que agradecer a María Isabel Turégano por haberme informado de estas referencias.

“TABLA DE TIEMPOS QUE DEBEN ESPERAR
LOS PADRES ANTES DE ENTRAR
EN LA HABITACIÓN (ESTIVILL y DOMÈNECH, 2004:73)

Días	1.a espera	2.a espera	3.a espera	Esperas sucesivas
1	3'	5'	8'	8'
2	4'	7'	11'	11'
3	5'	9'	14'	14'
4	6'	11'	17'	17'
5	7'	13'	20'	20'
Siguientes, hasta que se duerma solito	8'	15'	23'	23''

Estivill y Doménech tranquilizan a sus lectores aclarándoles que todos los consejos que les dan están científicamente probados, por lo que no importa si “el niño vomite o se da golpes” (ESTIVILL y DOMÈNECH, 2004:72). “Al saber”, nos dicen, “que el método tiene una sólida base científica os sentiréis más seguros de vosotros mismos en el momento de ponerlo en práctica, porque sabréis que no se trata de un remedio más” (ESTIVILL y DOMÈNECH, 2004:52).

Una pensaría que si no se trata de un remedio más es porque debe haber un amplio consenso entre pediatras y otros especialistas en la infancia sobre las bondades inherentes a este método por lo cual resulta sorprendente cuando el Dr. González, como he dicho también pediatra, recomienda ni más ni menos que el colecho, es decir, que el hijo o hija duerma en la misma cama que sus padres hasta que el retoño decida abandonarla. Claro que por razones prácticas de espacio y comodidad González también sugiere que otra buena idea es que madre y el niño o la niña duerman en el lecho matrimonial y el padre en una cama supletoria adjunta (GONZÁLEZ, 2009:81-84).

A diferencia de la obra de Estivill y Doménech el libro de González no pretende resolver un problema concreto sino, como dice en el propio título del libro, dar unas pautas de *cómo criar a tus hijos con amor*. La pregunta es qué entiende este pediatra por criar con amor. Se trata de un texto bastante engañoso, ya que en sus primeras páginas afirma que con él “queremos desmentir mitos, romper tabúes y dar cada a madre la libertad de disfrutar de su maternidad como ella desee” (GONZÁLEZ, 2009:27), en este punto no podría estar más de acuerdo, sin embargo, este autor tiene unas ideas muy claras de lo que las madres desean, que no es otra cosa que un intensísimo y prolongado contacto físico con sus hijos e hijas; y que en su opinión no llevan a cabo por culpa de los consejos de los expertos que las obligan a:

“— Dejarlo solo en su propia habitación.

— Llevarlo en un cochecito o en uno de esos incomodísimos capazos de plástico.

- Llevarlo a la guardería lo antes posible, o dejarlo con la abuela o mejor con la canguro (¡las abuelas los «malcrían»!).
- Enviarlo de colonias y campamentos lo antes posible y durante el mayor tiempo posible.
- Tener «espacios de intimidad» para los padres, salir sin niños, hacer «vida de pareja» (GONZÁLEZ, 2009:26).

El principal argumento de Carlos González contra consejos como los anteriormente citados de otros expertos es que aconsejan conductas que no son “naturales” a nuestra especie, en sus propias palabras “hemos seguido normas arbitrarias de falsos expertos en vez de hacer lo que sería normal para nuestra especie” (GONZÁLEZ, 2009:33). Claro que como él reconoce es complicado saber qué es lo natural, porque no hay “madres que vivan en libertad [...] Este es el problema, porque ya no quedan seres libres, es decir, guiándose únicamente por sus instintos y sus imperativos biológicos. Todos vivimos «en cautividad», es decir, en ambientes artificiales y en el seno de grupos humanos con normas culturales” (GONZÁLEZ, 2009:32).

En cualquier forma confía lo suficiente en nuestro pasado, aunque este sea muy remoto, como fuente para saber qué es lo “natural” y también en lo que considera los instintos maternos. Por ejemplo, su argumento para no dejar al niño solo en su habitación es preguntarse:

“¿Dónde dormían los bebés hace 100 000 años? No había casas, no había cunas, no había ropa. Sin duda dormían junto a su madre o sobre ella, en un improvisado lecho de hojarasca. El padre no debía de dormir muy lejos, y la tribu entera estaba apenas a unos metros de distancia. Solo así podían sobrevivir durante el sueño, el momento más vulnerable de su jornada” (GONZÁLEZ, 2009:70).

La respuesta más poderosa que tiene, sin embargo, para rechazar todos estos consejos tendientes a separar a madres y a hijos es ni más ni menos que: “las mujeres actuales tienen una inclinación genética, espontánea, a permanecer junto a sus hijos” (GONZÁLEZ, 2009:51). Por esta razón, considera que las madres que se ven “forzadas” a dejar a sus hijos ya sea para ir de compras, porque tiene que volver al trabajo o se va de vacaciones con su pareja deben sufrir ansiedad, porque nos dice el Dr. González “los genes siguen estando ahí y la mayor parte de las madres nota su efecto” (GONZÁLEZ, 2009:52).

Por increíble que parezca *Bésame mucho*, un libro escrito en el 2007 sigue utilizando el mismo argumento que Jean Jacques Rousseau, uno de los principales artífices de la idea del instinto materno, esgrimió en 1762 en su triste celebre *Emile* para considerar que el destino de la mujer es ser madre, y que la principal misión en la vida de ésta es dedicarse al cuidado de sus hijos: la naturaleza. La especial naturaleza femenina, responsable de la capacidad de la mujer para ser madre, es el principal argumento de Rousseau para atribuirle al hombre el mundo de la cultura

y todas las manifestaciones que se consideran propias del ser humano y relegar a la mujer al mundo de la naturaleza:

“El macho sólo es macho en ciertos instantes, la hembra es hembra toda su vida o al menos toda su juventud; toda la remite sin cesar a su sexo, y para cumplir bien con sus funciones necesita una constitución referida a él. Necesita miramientos durante su embarazo, necesita reposo en los partos, necesita una vida blanda y sedentaria para amamantar a sus hijos; necesita para educarlos paciencia y dulzura, un celo y un cariño que nada desalienta” (ROUSSEAU, 2005:539).

El método Estivill y las propuestas del doctor González no podrían ser más distintos, sin embargo, ambos coinciden en un punto esencial: se presentan como la única solución correcta para criar adecuadamente a los hijos e hijas. Lamentablemente este tipo de libros son la norma en materia de maternidad científica y contrastan notablemente con alguna excepción que desde mi punto de vista es más liberadora, y porque no decirlo también más sensata. Pondré un ejemplo. En *Ourselves and our children* sus autoras al hablar de las opciones entre lactancia materna o por medio de biberón empiezan enumerando las ventajas de cada una y señalando “que los bebés pueden desarrollarse igual de bien con cualquier opción; lo que es realmente importante es que tengas una opción real”. Irónicamente, y como muestra de lo poco estables que son las enseñanzas de la maternidad “científica”, recordemos que el libro se escribió en 1978, estas mujeres advertían que la lactancia materna podía resultar más complicada debido a “la ignorancia y los prejuicios” que en ese momento rodeaban a esta opción (THE BOSTON WOMEN’S HEALTH BOOK COLLECTIVE, 1978:238 y 239).

En la actualidad la lactancia materna se presenta como la mejor opción, por no decir la única adecuada. De hecho la Organización Mundial de la Salud (OMS) considera que la leche materna es “el alimento ideal para recién nacidos y niños” y se “ha recomendado que los recién nacidos no reciban otro alimento o bebida distinto de la leche materna, salvo en caso de que se indique lo contrario” y su propuesta es que se amante a los niños hasta los dos años. En opinión de esta organización esta propuesta podría salvar a un millón y medio de menores cada año porque coadyuvaría a evitar la desnutrición infantil⁸.

No soy médico, y por supuesto soy incapaz de cuestionar a los expertos de la OMS. Aún así, y una vez hechas estas aclaraciones, me gustaría hacer una serie de comentarios al respecto. El primero es que aunque ahora está en boga la lactancia materna los inconvenientes sociales que las autoras de *Ourselves and our children* enumeraban en forma de ventajas de la lactancia con biberón persisten, entre las

⁸ “La lactancia hasta los dos años salvaría 1,5 millones de vidas”, noticia del 2 de agosto de 2010, en <http://www.elmundo.es/elmundosalud/2010/07/30/mujer/1280487825.html>, (consulta en línea del 9 de septiembre del 2010).

que destacan la necesidad de volver al trabajo, no hay que olvidar la baja de maternidad en España es de 16 semanas, no de dos años. Por otra parte presentar a la lactancia materna como la única opción correcta provoca un gran sentido de culpabilidad en muchas mujeres que físicamente no son capaces de amamantar a sus hijos o que por razones económicas y sociales no pueden hacerlo todo el tiempo que quisieran. Creo además que para aquellos menores que tienen la fortuna de haber nacido en familias que cuentan con los medios económicos para poder comprarles los alimentos adecuados para cada etapa del crecimiento la desnutrición infantil es un mal muy remoto. En cuanto a los desafortunados que no se encuentran en esta situación sólo me gustaría preguntar una cosa: ¿cómo afecta a una mujer que no tiene los medios para acceder a una buena alimentación alimentar a un niño hasta los dos años?

CONCLUSIÓN: ALGUNOS INCONVENIENTES DE LA MATERNIDAD CIENTÍFICA

A modo de conclusión me gustaría enunciar algunos de los problemas que encuentro en la maternidad científica. Existen sin duda innumerables razones, sin embargo, me limitaré a tres de ellos.

El primer inconveniente es que es una de las piezas claves de la maternidad intensiva, que no es otra cosa que una ideología fuertemente inscrita en nuestras sociedades que exige de las madres, e incluso de los padres que se toman en serio compartir en términos igualitarios la crianza, una abnegación total por sus hijas e hijos. Me gustaría abundar más sobre los efectos perniciosos que desde mi perspectiva puede tener esta ideología para los propios “beneficiarios”, es decir las niñas y niños criados bajo su sombra. A falta de espacio me limitaré a transcribir algunas preguntas que el doctor en Derecho José Antonio García Amado, al que podemos acusar de muchas cosas pero difícilmente de feminista, hace en su blog y que en mi opinión pueden brindarnos alguna luz sobre este asunto:

“¿Cuánto mimo necesita un niño para volverse un idiota irreversible? ¿Cuánta dedicación hay que darle a una criatura para incapacitarla a perpetuidad? ¿Con qué tasa de regalos tenemos que sobrecargar a nuestros pequeños para matarles por completo la ilusión, para que ya nunca más, ni ahora ni nunca, puedan apreciar con algo de emoción o una pizca de gratitud un regalo? ¿En qué medida debemos sacrificar por los enanos nuestra libertad, nuestra diversión, nuestro asueto, nuestro tiempo libre y no libre, para que ellos dejen de captar lo que de sacrificio hay y se crean que todo se les debe y que es su derecho natural y eterno ser venerados como reyes, servidos como príncipes y adorados como dioses?” (GARCÍA AMADO: 2010).

A lo largo de estas páginas he expuesto también el carácter contradictorio que caracteriza a la maternidad “científica” por lo que es probable que cualquier madre que se la tome en serio encuentre en ella más confusión que apoyo. Por último,

porque resulta imposible que ninguna madre lo haga realmente bien de acuerdo con los estándares de la maternidad “científica”, pero aun así se crea la ficción de que la única adecuada para el cuidado es la propia madre. Profundizaré un poco más en las contradicciones que encierra este último punto.

He mencionado que la consolidación de la ideología maternidad científica tuvo lugar en el siglo XIX, me gustaría exponer cuál fue la solución que en ese mismo siglo propuso la feminista estadounidense Charlotte Perkins Gilman, profundamente influida por esta ideología, porque considero que algunas de sus ideas pueden seguir siéndonos de utilidad. Esta autora creía que la mayor parte de las madres nunca conseguirán cumplir con los requisitos exigidos para una crianza científica de sus hijos e hijas por tres razones:

“Primero, porque no todas las mujeres nacen con las cualidades especiales y los poderes necesarios para cuidar bien a los niños: algunas no tienen el talento para ello. Segundo, no todas las mujeres pueden tener el entrenamiento necesario que las haga adecuadas para el correcto cuidado de los niños: porque no tiene la educación para ello. Tercero, mientras cada mujer se encargue de todo el cuidado de sus propios hijos, ninguna mujer puede tener la experiencia requerida para ello” (GILMAN, 1994:293).

Gilman cree que existen además razones de tipo ético que hacen más conveniente el hecho de que el cuidado de los hijos no recayera de manera exclusiva en sus madres. Es más, considera que mientras no cambie la forma en que está organizado el hogar, éste resulta un lugar inadecuado para la formación ética del carácter de los más jóvenes porque inculca el egoísmo y las más importantes virtudes sociales no pueden desarrollarse en él:

“Podemos sermonear a nuestros niños tanto como queramos de los grandes deberes de amar y servir a nuestro vecino; pero el entorno en el que el bebé nace, lo que el niño crece para ver y sentir, es la concentración entera de toda una vida –la de su madre- en el engrandecimiento personal de una sola familia, y al servicio humano de otra vida entera –la de su padre- tan combado y esforzado por la necesidad de ‘mantener una familia’ que la traición a la sociedad es el precio común del confort en el hogar” (GILMAN, 1994:278).

La mujer para esta autora debía convertirse en un sujeto económicamente independiente. Para Gilman “el trabajo no sólo es un derecho sino también un deber” necesario “para el desarrollo humano”, ya que el “uso completo de todas nuestras mejores facultades es salud y felicidad para hombres y mujeres” (GILMAN, 1972:261). Critica, por tanto, duramente que a “la mitad de la raza se le niegue la expresión libre de su productividad, confinando sus energías humanas a los mismos canales de sus sexo-energías reproductivas” (GILMAN, 1994:117).

La solución: los niños y niñas desde que fueran bebés, mientras sus madres trabajaban, serían atendidos por especialistas en su cuidado y educación de ambos

sexos (GILMAN, 1994:284). Este trabajo se convertiría por fin en lo que siempre debió ser: “la más noble y valorada profesión, por el beneficio incalculable a nuestros pequeños y el progreso de la raza” (GILMAN, 1972:122). Los bebés pasarían muchas horas al día en lugares especialmente diseñados para ellos y rodeados de otros de su edad (GILMAN, 1994:289). Esta autora considera que éste no es sino un paso más, ya que gran parte de la infancia pasa ya muchas horas fuera de casa en las escuelas (GILMAN, 1994:285 y 286).

La relación entre madre e hijo se transformaría para bien, ya que la mujer “no sería excluida” del cuidado de sus hijos “sino complementada”. La madre tendría la libertad y el tiempo para desarrollarse y crecer como individuo; e interesarse y trabajar por el conjunto de la sociedad. El tiempo que madre e hijo compartirían en el hogar sería mucho más enriquecedor y agradable para ambos (GILMAN, 1994:287-290). En opinión de esta autora este sería el resultado:

“Una madre económicamente independiente, una sirvienta del mundo en vez de una sirvienta de la casa; una madre conocedora del mundo y que viva en él, puede ser para sus hijos mucho más de lo que ha sido posible antes. La maternidad en el mundo hará de esa palabra un lugar diferente para su hijo” (GILMAN, 1994:269).

Las ventajas sociales de este cambio irían, sin embargo, mucho más allá de la relación entre madre e hijo. En primer lugar, se transformaría la percepción de los niños de ambos sexos de lo que significaba ser una mujer. En el hogar actual “los niños varones aprenden que las mujeres están hechas para el servicio, el servicio doméstico” (GILMAN, 1972:273), con el cambio niñas y niños dejarán de “asociar feminidad con trabajo doméstico” (GILMAN, 1972:250). En este nuevo contexto las niñas ejercitarían todas sus potencialidades físicas y mentales, que hasta ahora se han visto “restringidas” y “prohibidas” por miedo a que no desarrollen su “feminidad” (GILMAN, 1972:258 y 259).

Las relaciones de pareja también cambiarían al perder la base económica que las caracterizaba, ya que una mujer económicamente independiente puede basar su elección de marido en la libertad y el amor. Gilman enunciará las ventajas que este cambio traería aparejado para el hombre, que se vería recompensado al tener como compañera a una persona inteligente y que contribuyera con él a mantener el hogar (GILMAN, 1994:295 y 300).

La sociedad en su conjunto también se beneficiaría de este cambio. En primer lugar, porque la mujer contribuiría con su trabajo a su mejora, pero además porque el hombre libre de la carga de mantener en solitario a una familia se podría dedicar a aquello para lo que fuera más capaz sin preocuparse exclusivamente por el dinero (GILMAN, 1994:320-322). En conclusión:

“El hombre y la mujer juntos, ambos libres de la mayor parte de sus preocupaciones personales, serán más capaces de apreciar las necesidades sociales y solu-

cionarlas. Cada generación de niños, mejor nacidos, mejor criados, desarrollándose en todas las líneas a su mayor capacidad, verterán en el mundo una creciente abundancia de felicidad y poder. Entonces veremos el progreso social” (GILMAN, 1994:322).

El proyecto de regeneración social de Charlotte Perkins Gilman, por tanto, pasaba por la incorporación de las mujeres al mercado laboral en términos igualitarios con los hombres, y en segundo lugar, y para ella una consecuencia lógica de la anterior, porque los niños y niñas serían cuidados por expertos de ambos sexos en lugares especialmente diseñados para ello desde sus primeros días mientras sus madres trabajaban. Las consecuencias, como he mencionado, serían un cambio en las relaciones de hombres y mujeres que dejarían de estar basadas en la dependencia económica de un sexo sobre otro y un cambio en la mentalidad en general que dejaría de ver a la mujer como un ser cuyo único objetivo era servir y cuidar a los demás.

La paradoja es que las mujeres nos hemos incorporado masivamente al mercado de trabajo, pero se nos siguen exigiendo que seamos las cuidadoras primarias de nuestros hijos e hijas con un alto grado de exigencia y el Estado y la sociedad sigue considerando como un asunto doméstico privado el cuidado de las nuevas generaciones. La principal consecuencia de esta visión es que aunque la mayor parte de las madres trabajan en gran parte de los países occidentales el acceso a una guardería adecuada sigue siendo un lujo que pocas familias disfrutan. En Estados Unidos la manipulación de la derecha que ha identificado las guarderías con el comunismo –aún después de la caída de la Unión Soviética- ha boicoteado todos los proyectos de creación de un sistema nacional de guarderías públicas (DOUGLAS y MICHAELS, 2004:237 y ss.). La consecuencia “aproximadamente dos tercios de los niños de preescolar son cuidados en casa de parientes, vecinos o amigos, mientras que sólo entre el 20 y 25 por ciento están en guarderías” y son la clase media educada y la clase media alta profesional los que más las utilizan (DOUGLAS y MICHAELS, 2004:243). En España, donde actualmente gobierna un partido socialista, las cosas no son muy diferentes. En el curso 2008/2009 sólo el 26.2% de los niños y niñas de entre cero y dos años tuvieron acceso a plazas en guarderías, ya fuera en centros públicos o privados (TOBÍO, AGULLÓ, GÓMEZ y MARTÍN, 2010: 51). En contraste el 46% de las abuelas maternas cuidan de sus nietos en edad preescolar cuando viven en la misma localidad mientras sus hijas trabajan (TOBÍO, 2002:22).

En mi opinión es necesaria una transformación de la forma en que actualmente entendemos la maternidad de tal forma que sea más liberadora y enriquecedora para todos los actores involucrados. Esta transformación debe pasar necesariamente por cuestionar la aparente división entre esferas públicas y privadas de tal manera que el conjunto de la sociedad deje de involucrarse –generalmente de manera opresiva– exclusivamente cuando existen problemas y se convierta en un actor que coadyuva a la crianza y educación de las futuras generaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- OMS: Organización Mundial de la Salud
 RFC: Revolutionary Family-Communities
 APPLE, Rima D. (2006): *Perfect Motherhood: Science and Childrearing in America*, New Brunswick, New Jersey and London, Rutgers University Press.
 ARIÈS, Philippe (1962): *Centuries of Childhood: A Social History of Family Life*, traducción de Robert Baldick, New York, Alfred A. Knopf.
 BADINTER, Elizabeth (1991): *¿Existe el instinto maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII AL XX*, traducción de Marta Vasallo, Barcelona, Ediciones Paidós.
 BADINTER, Elizabeth (2010): *Le conflit, la femme et la mère*, Paris, Flammarion.
 CHODOROW, Nancy (1984): *El Ejercicio de la Maternidad. Psicoanálisis y Sociología de la Maternidad y Paternidad en la Crianza de los Hijos*, traducción de Oscar L. Molina Sierralta, Barcelona, Gedisa.
 COLECTIVO DEL LIBRO DE LA SALUD DE LAS MUJERES DE BOSTON (1982): *Nuestros cuerpos, nuestras vidas* (versión española), Barcelona, Icaria.
 DOUGLAS, Susan J. y MICHAELS, Meredith W. (2004): *The Mommy Myth: The Idealization of Motherhood and How It Has Undermine Women*, New York, Free Press.
 ECHOLS, Alice (1991): *Daring to be Bad. Radical Feminism in America 1967- 1975*, Minnesota, University of Minnesota Press.
 ESTIVILL, Eduard y DOMÈNECH, Montserrat (2004): *Vamos a la cama*, Barcelona, Mondadori.
 FERGUSON, Ann (1980): *The Che-Lumumba School: Creating a Revolutionary Family Community*, "Quest: A Feminist Quarterly", volumen V, número 3, pp. 13- 26.
 FIRESTONE, Shulamith (1976): *La Dialéctica del Sexo. En defensa de la revolución feminista*, traducción de Ramón Ribé Queralt, Barcelona, Editorial Kairós.
 GILMAN, Charlotte (1972): *The Home: Its Work and Influence*, Urbana, University of Illinois Press.
 GILMAN, Charlotte (1994): *Women and Economics. A study of the Economic Relation Between Women and Men*, New York, Prometheus Books.
 GOMERSALL, Meg (1997): *Working-class Girls in Nineteenth-century England. Life, Work and Schooling*, Wiltshire, MacMillan Press.
 GUARNERI, Carl J., (1991), *The Utopian Alternative. Fourierism in Nineteenth-Century America*, Ithaca, Cornell University Press.
 GONZÁLEZ, Carlos (2009): *Bésame mucho. Cómo criar a tus hijos con amor*, Madrid, Planeta.
 HALL, Catherine (1989), *Sweet Home*, P. Ariès y G. Duby dirs., *Historia de la vida privada*, traducción de Francisco Pérez Gutiérrez y Beatriz García, tomo IV, Madrid, Taurus, pp. 53- 93.
 HARRISON, John F. C. (1969), *Robert Owen and the Owenites in Britain and America. The Quest for the New Moral World*, London, Routledge and Kegan Paul.
 HAYS, Sharon (1996): *The Cultural Contradictions of Motherhood*, Yale University Press, New Haven and London.

- HOFFMAN W. y YOUNGBLADE, Lise M. (1999): *Mothers at Work: Effects on Children`s Well-being*, Cambridge, Cambridge University Press.
- JAGGAR, Alisson M. (1988): *Feminist Politics and Human Nature*, New Jersey Rowman & Littlefield Publishers.
- JONES, Kathleen W. (1998): ‘*Mother Made Me Do It*’: *Mother-Blaming and the Women of Child Guidance*, M. Ladd-Taylor y L. Umansky eds, “*Bad*” *Mothers: the politics of blame in twentieth-century America*, New York and London, New York University Press, pp. 99- 124.
- LADD-TAYLOR, Molly y UMANSKY, Lauri (1998): *Introduction*, M. Ladd-Taylor y L. Umansky eds, “*Bad*” *Mothers: the politics of blame in twentieth-century America*, New York and London, New York University Press, pp. 1-28
- LOZANO, María (2006): *La maternidad en escena: mujeres, reproducción y representación cultural*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- MITCHELL, Juliet (1976): *Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Laing y las mujeres*, traducción de Horacio González Trejo, Barcelona, Anagrama.
- RICH, Adrienne (1996): *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, traducción de Ana Becciu, Madrid, Ediciones Cátedra/ Instituto de la Mujer.
- ROSENBERG, Leonardo (1990): *El Kibutz: Historia, realidad y cambio*, Barcelona, Rópiedras Ediciones.
- ROUSSEAU, Jean Jaques (2005): *Emilio o de la educación*, traducción Mauro Armiño, Madrid, Alianza.
- RUBIN, Gayle (2003): *El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo*, M. Lamas comp., *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Universidad Autónoma de México/Miguel Ángel Porrúa, pp. 35- 96.
- SPIRO, Melford E. (1965): *Children of the Kibbutz*, New York, Schocken Books.
- THE BOSTON WOMEN’S HEALTH BOOK COLLECTIVE (1978): *Ourselves and our children: A book by and for parents*, New York, Random House.
- TOBÍO, Constanza (2002): *Conciliación o Contradicción: Cómo hacen las madres trabajadoras*, en *Conciliar la vida. Tiempo y servicios para la igualdad*, Madrid, Consejo de la Mujer de la Comunidad de Madrid.
- TOBÍO, Constanza, AGULLÓ, María Silveria, GÓMEZ, María Victoria y MARTÍN, María Teresa (2010): *El cuidados de las personas: un reto para el siglo XXI*, Barcelona, Fundación “la Caixa”.

Documentos en línea:

- “La lactancia hasta los dos años salvaría 1,5 millones de vidas”, noticia del 2 de agosto de 2010, en <http://www.elmundo.es/elmundosalud/2010/07/30/mujer/1280487825.html>, (consulta en línea del 9 de septiembre del 2010).
- Dura lex*, 24 de junio de 2010, http://garciamado.blogspot.com/2010_06_01_archive.html, (consulta en línea el 11 de agosto del 2010).